



Nueva Economía Fórum



FORUM EUROPA
Tribuna Euskadi

D. Mikel Arana

Coordinador General de Ezker Batua-Berdeak

Bilbao, 9 de marzo de 2010

Con el patrocinio de



bbk



Petronor

Don Mikel Arana, Coordinador General de Ezker Batua-Berdeak

Lehenengo eta behin, eskerrik asko

En primer lugar, quiero dar las gracias a Nueva Economía Fórum por su invitación a participar en este encuentro, en un momento en el que creo que el diálogo y los foros de debate son más necesarios que nunca para llegar a acuerdos y dar solución a los problemas que acucian a nuestra sociedad.

Aunque soy consciente de que muy poco puedo aportar a muchos de los aquí presentes a la hora de hacer un análisis sobre los orígenes de la crisis actual, sin embargo sí me voy a permitir exponer brevemente mi visión de la misma, para centrarme sobre todo en los efectos que económica, social y políticamente está teniendo durante estos últimos meses y también acerca de las alternativas y claves que, en mi opinión, deberían ser tenidas en cuenta para salir cuanto antes de este angustioso túnel y aprovechar la ocasión para evitar que se repitan los mismos o similares errores que nos han conducido a esta situación.

En resumen, me gustaría compartir con ustedes un análisis sobre las conclusiones que deberíamos sacar del contexto actual que nos está tocando vivir, para evitar que se repita una situación de precariedad tan grave como la que están sufriendo más de 4.130.000 personas desempleadas en España y 137.000 en Euskadi.

Para empezar, indicar que la crisis actual, la más grave en décadas en cuanto a sus efectos económicos, ha tenido un origen claro que fue la comercialización de productos financieros puramente especulativos, sin soporte patrimonial alguno, y contraviniendo las reglas básicas de la banca tradicional en cuanto a análisis de evaluación de riesgos.

El caso más claro que hemos podido ver ha sido el de las tristemente famosas hipotecas sub-prime, que generaron una multitud de productos derivados, que a su vez se comercializaban y endosaban sin que nadie se preguntara por su origen con un mínimo de rigurosidad.

El resultado de estas malas prácticas especulativas sólo sirvió para desencadenar una ola de desconfianza entre las entidades financieras y se produjo un efecto en cadena que todos conocemos. Evidentemente, ante estos desequilibrios de las cuentas de la banca, algunas entidades no tuvieron más remedio que declararse en suspensión de pagos, con lo que se llegó realmente a una situación muy parecida a la del crack de 1929.

La diferencia fundamental con la crisis del 29 es que en esta ocasión sí se intervino de manera potente a la hora de inyectar liquidez al sistema, con lo que no se desató el pánico. Intentar enmendar aquél desaguado costó a los países integrantes del G-20, sólo para generar una situación de relativa tranquilidad, 1.1 billones de dólares. A este fondo común España ha tenido que comprometer 5.600 millones de euros.

Todo esto sin contar los miles de millones de euros adicionales destinados por cada país para intentar rescatar las distintas entidades financieras que iban incurriendo en suspensión de pagos.

Sin embargo, este tipo de iniciativas públicas, impactantes ciertamente en cuanto a sus cifras, no solucionaron en absoluto el problema, ya que las entidades financieras no tuvieron que comprometerse a ninguna contrapartida por las ayudas recibidas, y continuaron con sus políticas restrictivas de concesión de créditos.

Por ello, las suspensiones de pagos de entidades financieras, suavizadas por las ayudas públicas, dieron paso a las suspensiones de pagos de las empresas del resto de sectores. Ante la caída generalizada del consumo, el descenso brusco de los volúmenes de facturación y la imposibilidad de acceder a financiación, a muchas empresas no les quedó más remedio que comenzar a prescindir de sus trabajadores.

Y es en este preciso momento cuando el trabajador o trabajadora que recibe la noticia de que va a entrar a formar parte de un expediente de regulación de empleo, o que va a ser directamente despedido, no es capaz de entender la relación causa-efecto que ocasiona su ingreso en las listas del paro.

¿Cómo puede ser que mi empresa pierda dinero y me despidan porque en los EE.UU concedían hipotecas sin las garantías suficientes?

Intentar responder a esta pregunta a una persona que, por ejemplo, intenta sacar su familia adelante, con argumentos de política monetaria o conceptos macroeconómicos es muy complicado. La ciudadanía exige acciones concretas, que puedan ser percibidas como vías para solucionar el problema a corto o medio plazo.

Tampoco podemos dejar de citar al boom inmobiliario que, como hemos podido ver, tenía sus pies de barro, si bien, mientras duró, reportó sabrosos y muy lucrativos resultados, entre otros, a las entidades financieras a que nos acabamos de referir.

Todos comentábamos que eso de los pisos no podía seguir así; pero, como generaba espectaculares incrementos del PIB; de creación de puestos de trabajo; de afiliación a la Seguridad Social; de ingresos fiscales a nivel central, autonómico, municipal, etc. nadie se atrevía a “poner el cascabel al gato”, hasta que el coloso se ha derrumbado y la burbuja especulativa ha explotado con consecuencias dramáticas.

Y es precisamente esta filosofía cortoplacista de no planificar por adelantado y de no anticiparse a los problemas, antes de que éstos adquieran dimensiones incontrolables, la que se viene aplicando ha venido desarrollando para intentar salir de la crisis, y, curiosamente, está siendo concebida y aplicada por las mismas autoridades, nacionales e internacionales, que fueron incapaces de prever hacia dónde nos dirigíamos y que, en muchos casos, se empeñaron en negar durante demasiado tiempo lo que ya era evidente.

De este modo, las autoridades que hicieron del “dejar hacer” el principal criterio de actuación para fomentar el desarrollo económico, son las mismas que, al parecer, están llamadas a redefinir nuestro modelo económico para intentar que lo que ha pasado no se vuelva a repetir.

No se puede liderar un proceso de cambio productivo sin una profunda revisión de determinados tótems del modelo de desarrollo socio-económico que imperan actualmente.

La revisión a fondo de estos tótems, de origen netamente liberal, no está siendo motivada ni por las líneas de pensamiento político conservador ni, lo que es más grave, por la socialdemocracia. Y cuando el análisis de la situación no se aborda con soluciones estructurales, atacando los problemas de raíz, sino mediante una especie de “huida hacia delante”, las causas que originaron la crisis actual se manifestarán de nuevo antes o después y, posiblemente, con mayor crudeza todavía.

La mayoría de las medidas que se han venido aplicando hasta la fecha adolecen del mismo defecto: intentar solucionar un problema global con herramientas parciales y sin ninguna visión de conjunto; algo que en sí mismo está abocado al fracaso.

Pondré algunos ejemplos de graves desajustes provocados por la crisis y que se están cerrando en falso:

1. El ejemplo del sector bancario. Se está intentando revisar el sistema financiero inyectando liquidez, bajando el precio del dinero y cuestionando las políticas retributivas de las entidades financieras a sus directivos. Sin embargo, no se exigen a la banca modificaciones en sus políticas de concesión de créditos o un incremento del dinero destinado a obra social, que no tendría por qué restringirse como obligación legal exclusiva de las cajas.

¿Un replanteamiento o control legal de las políticas de distribución de beneficios no podría dar lugar a la generación de bolsas de recursos sociales; de fondos extras que garantizaran, de verdad, los depósitos de los clientes hasta unas determinadas cifras, de forma que para evitar nuevos “corralitos” no se castiguen a las arcas públicas, que son las de todos?

Apenas se están reforzando los institutos públicos de crédito o finanzas, que podrían atender a las actividades consideradas como “no rentables” o “de excesivo riesgo” por la banca tradicional.

Y qué decir de los nuevos modelos de banca ética, que lejos de ser impulsados por las instituciones económicas, son observados con desconfianza y desprecio, nunca como alternativa de otro modelo de banca.

No ha habido ni una sola medida en el ámbito legal para limitar los excesos del pasado, de forma que no vuelva a ocurrir lo mismo en el futuro.

La tasa Tobin, consistente en gravar las operaciones especulativas internacionales con un 0.7%, para destinar esos fondos a la cooperación internacional, ni siquiera ha sido mencionada entre todas las medidas a tomar.

No les quepa ninguna duda de que a medida de que vayamos saliendo de esta crisis volverán a relajarse las políticas de concesión de créditos y volveremos a asistir a las clásicas guerras comerciales para captar fondos, ofreciendo productos de inversión de alto riesgo por el que los agentes financieros percibirán primas, bonus y comisiones totalmente escandalosas.

2. El ejemplo de los sectores subvencionados. Buena parte de las actuaciones anticrisis se han dirigido a favorecer mediante subvenciones a los clientes de los sectores que se supone son tractores de la economía tradicional (automóvil, mobiliario y equipamientos domésticos, etc.).

Sin embargo, estas medidas están teniendo un alcance muy puntual y limitado, pues este tipo de consumo viene muy condicionado por las facilidades crediticias y éstas continúan estando muy restringidas por parte de las entidades financieras y, de hecho, ya se está viendo que los sectores que comercializan sus bienes en base a créditos al consumo son de los que más están sufriendo.

No obstante, cabe indicar que sería mucho más adecuado que los recortes de precios que está necesitando el sector del automóvil, para garantizar su supervivencia, lo hicieran por su propia iniciativa, en vez de depender directamente de las subvenciones del Gobierno.

Porque las ayudas no van a durar siempre y, o se hace una apuesta por un modelo de automóvil diferente, tomándose muy en serio y trabajando de verdad (sin tantas fotos, cumbres y grandes declaraciones) por la efectiva reducción del consumo energético, por un lado, y el desarrollo de un sistema de transporte público, por otro, sin seguir estando presionados por los intereses de las petroleras o la siguiente crisis será más profunda, más estructural y afectará a España de manera especial.

Las políticas públicas adoptadas hasta el momento, sólo han ido dirigidas a rebajar el precio de los productos de manera ficticia o a mantener a duras penas, el sector de la construcción, a través de la obra pública.

El plan E, prorrogado este año, es el mejor ejemplo de una medida adoptada con urgencia, que puede paliar en alguna medida los efectos de la crisis en un sector concreto, pero que en ningún caso puede ser entendido como una medida estable a largo plazo.

Este tipo de medidas son llevadas casi al ridículo en Euskadi por Patxi López, que es capaz de gastarse, por ejemplo, 19 millones de euros en salvar un sector como el del mueble, que según el propio gobierno no tenía necesidad de ser salvado.

Los nuevos modelos de construcción, las energías renovables, el I+D+I, no sólo no han recibido ningún impulso, sino que se han visto afectados por amplios recortes presupuestarios.

Además, viendo que el sector de la construcción y el del automóvil se ven abocados a una reestructuración necesaria, se echan en falta medidas para atender de manera suficiente a todas las personas que se quedan en paro y proceden del resto de sectores económicos.

No olvidemos que existen 2.400.000 personas en paro procedentes del sector servicios, y que en estos momentos no tienen mayor red de protección que el desempleo y, en su caso, las ayudas sociales.

Uno de los ámbitos, además de los ya mencionados, en donde la inversión pública nos resulta imprescindible es precisamente en el sector de los servicios sociales.

Tanto la Ley de Dependencia en el estado, como la Ley de Servicios Sociales en Euskadi, crean un campo de posibilidades para la creación de empleo, que ni gobierno estatal ni gobierno vasco han querido explotar de manera bien programada y sistemática.

3.- El ejemplo de las políticas fiscales. Todas las políticas de gasto público se han visto condicionadas por la caída de la recaudación fiscal, con un descenso de recaudación de tributos concertados de 2.100 millones de euros, un 16 % menos. La excusa de la crisis como origen del problema no está implicando un análisis de que, en el caso de Euskadi, aproximadamente dos tercios del descenso tiene su causa en las modificaciones del Impuesto de Sociedades los últimos 4 años y la eliminación de tributos como el Impuesto sobre el Patrimonio.

Además, es obvio que algo falla cuando las empresas, baluartes de la generación de la riqueza, aportan sólo el 14.7% del total de la recaudación, mientras que el IRPF supone el 31% del total. Son datos de recaudación del 2007, que es el año de máximo volumen de aportación vía Impuesto de Sociedades.

Este déficit es extrapolable al resto del Estado, en el que cada trabajador asalariado declara al fisco una media de aproximadamente 24.000 euros, mientras que cada autónomo declara unos 12.000 euros.

Resulta evidente que el problema reside en una discriminación negativa de la presión impositiva hacia los rendimientos derivados del trabajo, así como una total ausencia de crítica hacia la falta de progresividad y redistribución de la riqueza de nuestro sistema de impuestos.

Además, a estas alturas ya podemos decir con seguridad que las sucesivas bajadas de impuestos no han servido en absoluto para responder a la crisis, ya que las empresas han tenido que despedir a sus trabajadores igualmente. Por el contrario, esta falta de recaudación ha generado las condiciones para que sea mucho más difícil salir de la misma, al no tener las administraciones recursos suficientes para desarrollar políticas anticíclicas y sociales potentes.

Pues no, señores, y aquí Patxi López tenía razón cuando decía que no se pueden tener servicios del norte de Europa, pagando impuestos del norte de África.

Si queremos mantener el nivel de protección social que tenemos, hay que aumentar los ingresos públicos, ni más ni menos. Y para eso habrá que subir los impuestos, de manera gradual, progresiva y justa, pero habrá que subirlos. Aunque no sólo cabe subir los impuestos para aumentar el nivel de ingresos, hay que intensificar de manera radical la inspección fiscal, ¿cómo se puede hablar de la economía sumergida española sin sonrojarse?

¿Cómo se puede sugerir que la forma de aflorar la economía sumergida es, precisamente, bajar los impuestos? Dando casi por bueno el fraude y mirando para otro

lado cuando informes de una u otra fuente nos vienen diciendo insistentemente que la economía sumergida se sitúa en España dentro de un franja que oscila entre el 20% y el 30% .

El fraude fiscal es un robo social, y así hay que verlo y denunciarlo.

Y creo que en este momento es responsabilidad del gobierno liderar ese debate en Euskadi. Y decirlo de manera muy clara, además; no amagar un día para no pegar al siguiente.

Hay que proceder a una revisión profunda de la fiscalidad en Euskadi. Seria, serena, pero profunda.

4.- El ejemplo de la protección social. Fruto del descenso de recaudación, al parecer por la crisis, se ha producido un fuerte cuestionamiento de las políticas de gasto, especialmente en todo lo referente a las ayudas sociales.

El debate se ha venido centrando en las bolsas de fraude detectado, la ausencia de una inspección potente y la excesiva dependencia de determinados colectivos con dificultades de inserción social que, al parecer, se cronifican al resultarles más incentivador no hacer nada antes que trabajar.

Este análisis, de no crear un país de subsidiados, tal y como afirma el propio Lehendakari López, no se produce con la misma intensidad, sin embargo, a la hora de revisar las bolsas de fraude en Hacienda, mucho mayores. Tampoco se para a analizar la paralización actual del mercado de trabajo, que apenas registra ofertas, y que cronifica en efecto a muchas personas en el desempleo, pero en contra de su voluntad, y se ven abocadas a agotar sus prestaciones por desempleo contributivas.

Además, no se hace ninguna reflexión sobre la verdadera vergüenza que implica que el salario mínimo interprofesional apenas supere los 600 euros. No son las ayudas las que deben bajar, sino el SMI el que debe subir.

Frente al miedo al efecto llamada por ofrecer ayudas sociales algunos reivindicamos el efecto llamada al trabajo con salarios dignos.

Eso no quita que, al igual que hemos dicho que el fraude fiscal es un robo social, no digamos también que lo es igualmente el falsear datos para obtener ayudas sociales que, si se declarase la verdad, no corresponderían. También esto hay que controlar, por supuesto. El defender desde la izquierda que hay que proteger de manera especial a los más desfavorecidos, que son también los más golpeados en situaciones de crisis (basta mirar hacia la inmigración, por ejemplo), no implica, ni mucho menos, el defender a los defraudadores.

5.- Como otro ejemplo de cómo se está planteando la salida de esta crisis, mencionaré todo lo relativo al sistema de protección pública de pensiones y el retraso de la edad de jubilación. Este debate es quizás el más forzado de todos, ya que no obedece a la situación actual de crisis, sino que, como el Guadiana, resurge cada cierto tiempo amenazando con quedarse definitivamente.

Recordar, simplemente, que abrir este debate se debe a las obligaciones de información de cada Estado Miembro de cara a la Comisión Europea, que deben comunicar sus reflexiones sobre cómo van a cumplir los objetivos marcados por el Pacto de Estabilidad Presupuestaria.

Y es especialmente preocupante que el debate se reduzca a cuantificar el descenso de gasto público que se conseguiría al retrasar la edad de jubilación un año (un ahorro adicional del 1% del PIB por cada año de retraso) o el ampliar el número de años computables a efectos de cálculo de la pensión de jubilación (un ahorro del 0.2% del PIB por cada año adicional.)

Resulta muy triste que se ponga como principal argumento encima de la mesa una serie de previsiones demográficas hasta el 2060. Ni una sola palabra de los efectos de introducir la financiación mixta, soportando las pensiones de jubilación también vía impuestos. Ni una sola palabra sobre el efecto recaudatorio positivo si se eleva el salario mínimo interprofesional, resultando más rentable trabajar que percibir ayudas.

6.- Por último, me referiré al debate que está queriendo plantear sobre el modelo de relaciones laborales. Sólo oímos hablar de nuevos modelos de contrato, a cual más draconiano; de flexibilidad; de simplificar los despidos y, en general, todos los trámites legales vinculados a la actividad laboral, etc.

Pero ¿para cuándo se deja el gran debate que debería profundizar de verdad sobre el modelo de relaciones laborales dentro de la empresa; sobre la toma de decisiones; sobre la participación de los trabajadores; sobre las políticas de distribución de beneficios en las épocas de “vacas gordas” y la necesidad de generar fondos de reserva para las épocas de “vacas flacas”; sobre las políticas serias de investigación, inversión y apuesta a futuro; sobre una formación continua de verdad y bien planificada; sobre los límites a las deslocalizaciones, etc.....

¿No podría ser este momento en que se pide sacrificios y solidaridad a los trabajadores, una buena oportunidad para hablar también de todo esto? Dejo esta pregunta en el aire...

Y vuelvo a las preguntas de la gente de la calle. Al igual que el trabajador despedido se pregunta cómo es posible que le echen por las hipotecas sub-prime, estoy seguro de que habrá personas que se preguntan cómo es posible que tengan que trabajar tantos años en base a unos criterios de estabilidad presupuestaria.

Y en este caso, desde la izquierda debemos entonar el mea culpa, ya que las respuestas que venimos dando tradicionalmente son equivocadas.

Porque hemos de admitir que en buena parte de Europa no se ha venido produciendo, hasta esta época de crisis, un debate serio sobre la dualidad progresistas y conservadores, entre los proyectos económicos y sociales de la izquierda y la derecha.

El principal problema, por parte de los partidos socialdemócratas y de centro izquierda, es que, tal vez sin darse demasiada cuenta, se han asumido los postulados liberales de no intervención en la economía y de la disminución de la recaudación fiscal en pos del crecimiento. Mientras que, por otra parte, las ayudas sociales y la conformación de

empresas públicas para atender los sectores con menos iniciativa privada se han asumido sin dificultades por parte de la derecha, tan defensora, ella, del mercado libre y del “laissez faire”.

Hoy en día, ningún partido económico liberal cuestiona la enseñanza o sanidad públicas, ni el derecho a prestaciones por desempleo. Incluso las fracasadas políticas de bajadas de impuestos, bajo promesas de reactivación económica y fortalecimiento del estado del bienestar, han sido asumidas por partidos de izquierda.

Esta confusión entre los postulados del centro-izquierda y el centro-derecha hizo posible que en las pasadas elecciones europeas, en plena crisis de los emblemas tradicionales del liberalismo, los partidos conservadores resistieran sin problemas los embates de una socialdemocracia cada vez más huérfana de sus ideales fundadores.

Menos mal que en países como Francia, Alemania, Portugal... se han venido produciendo un resurgir de partidos situados a la izquierda de la socialdemocracia, recogiendo sus votos de personas que se sentían víctimas de un sistema económico injusto y que buscan transformaciones sociales más profundas que las que se vienen practicando actualmente.

Y así han de hacerlo, porque, tal y como acabo de decir, si bien, hoy en día ningún partido cuestiona la enseñanza o sanidad públicas, ni el derecho a prestaciones por desempleo, el caso es que se están recortando esos derechos de manera muy importante, y encima lo están haciendo los partidos de perfil socialdemócrata.

Permítanme que les ponga tres ejemplos de lo que ahora mismo está ocurriendo en Euskadi con un gobierno liderado por el PSE.

Empecemos por educación, lógicamente, nadie pone en duda la necesidad de una educación pública, el problema es cuando esa educación pública, en lugar de ir mejorando va empeorando con respecto a la privada y concertada.

Debilitando así un sistema educativo público, ya de por sí cuestionado por algunos sectores y despreciado por otros.

Fusiones de centros sin proyectos educativos, ciudades de más de 16.000 habitantes sin centros públicos de enseñanza secundaria, eliminación de proyectos previamente aprobados de escuelas rurales.

Y todo ello bajo el argumento de que la recaudación ha descendido y no se puede gastar más.

La sanidad es otro gran ejemplo, hemos oído ya en dos ocasiones al Consejero de Sanidad hablar de la que la sanidad pública tal y como hoy la conocemos tiene un límite, de la necesidad de reformarla para abaratar su costo.

Nadie la pone en duda, al menos en España, pero mientras desde Sanidad se nos habla de que hay que poner límites, se van abriendo más clínicas privadas, y en muchos casos concertando servicios con ellas, bajo el argumento de que los costes son menores.

Impulsando nuevamente la iniciativa privada en detrimento de la pública. Lo que una vez más generará menos costes para las administraciones, pero mayores desigualdades para la ciudadanía.

En los servicios sociales, también está ocurriendo lo mismo, nadie cuestiona el entramado de protección social, pero se está empezando a limitar el acceso de los más desfavorecidos al mismo.

La ley de garantía de ingresos mínimos convierte la renta de garantía, antigua renta básica, en derecho subjetivo, es decir reclamable ante los tribunales.

Eso significa que la dotación presupuestaria ya no puede ser motivo de no prestación. ¿Qué ha hecho el gobierno? Limitar a dos, el número máximo de perceptores por vivienda.

Esta iniciativa que se ha vendido como la búsqueda de una solución a los pisos patera, en realidad, no deja de ser una manera, sin cuestionar la base del sistema, de abaratarlo.

Muchos de los perceptores de este tipo de rentas, viven subarrendados en habitaciones, pero al limitar las ayudas a dos personas por piso, no se consigue eliminar los pisos patera, ya que nadie vive subarrendado por gusto, sino que lo que se consigue es disminuir el número de perceptores y abaratar el coste.

Son sólo tres ejemplos, pero lo suficientemente ilustrativos de cómo lejos de mejorar, los servicios públicos se van a ir deteriorando. Y todo ello sin cuestionarlos.

La pregunta, ahora, por lo tanto es, ¿qué puede hacer la izquierda transformadora y alternativa ante esta situación?

En primer lugar, y como elemento previo, hay que abandonar la mala costumbre de la política panfletaria, de las consignas vacías, tales como que “la crisis la pague el capital o la paguen los ricos”, que “hay que subir los impuestos a las grandes fortunas y con eso se arreglaría todo”, etc. frases como éstas pueden tener su hueco en mítines y ruedas de prensa, pero no pueden ser el eje de las políticas de izquierdas. Hay que desarrollar propuestas serias, coherentes, cuadrando ingresos y gastos y que respondan al entorno real del mundo en el que vivimos.

Pero volviendo a la pregunta de fondo, ¿qué puede plantear y, mejor aún, si le es posible, hacer la izquierda?, entendemos que es imprescindible distinguir entre lo micro y lo macro.

En lo que respecta a lo micro, ya he ido presentando a lo largo de esta breve exposición, algunas de las propuestas que hacemos desde Ezker Batua. Son propuestas que podrán tener más o menos éxito, pero que tampoco pretenden darle la vuelta al mundo, sólo corregir algunos de los errores del sistema; superar algunas carencias y transformar algunas prácticas viciadas.

Hablando de carencias, una de las que, por ejemplo, debe ser inmediatamente superada es la que afecta al modelo de participación ciudadana y a la capacidad de los hombres y mujeres de formar parte de las decisiones que les afectan.

Y esto resulta barato; su repercusión presupuestaria e incidencia en el déficit es mínima; es tan sólo cuestión de voluntad política.

Uno de los retos de la política, entendida ésta de manera global, es el de acercar las decisiones a la propia ciudadanía, sin secuestrárselas por parte de los políticos. ¿No será ésta una de las causas que influyen en que cada vez más, la política y los políticos estemos siendo objeto de desprestigio social permanente?. Y aquí sí que la responsabilidad es estrictamente nuestra.

El modelo actual, el de la democracia representativa mal entendida y aplicada, está debilitando la credibilidad de las formaciones políticas, las instituciones e incluso, si me apuran un poco, el de la propia democracia.

He aquí otro de los retos de la izquierda. Contribuir a corregir el sistema, pero apostando por corregirlo entre todos y todas.

No obstante, no debemos renunciar a cambiar el modelo. Esto es a lo que yo llamo lo macro.

En este sentido, en mi opinión, son tres los grandes ejes en los que debería pivotar el discurso de la izquierda transformadora: la justicia social, incluyendo aquí, la igualdad entre hombres y mujeres, los salarios dignos, los modelos productivos respetuosos con los derechos laborales, etc.; la paz, tanto en Euskadi como en el resto de conflictos en el mundo, acompañada de un proceso real de desarme y el escrupuloso respeto al medio ambiente.

Cuestiones las tres, que se resumen en una única frase: otro mundo es posible.

La batalla no es simplemente económica, sobre cómo entendemos la creación de la riqueza, su redistribución y los límites que debe tener, que también; no es sólo ideológica, que también; pero la batalla entre la izquierda y la derecha tiene que ser, además, una batalla sobre los valores, sobre qué modelo de mundo queremos y estamos dispuestos a defender activamente para nosotros y para las generaciones futuras.

Es una batalla larga, es una batalla difícil, pero es una batalla que merece la pena librar.

Por último, diré que, como habrán podido comprobar, no he pretendido desarrollar una gran tesis, lo cual, por otra parte, resulta imposible hacerlo en media hora, pero sí realizar algunas críticas muy pegadas a nuestra realidad actual y lanzar una serie de sugerencias, algunas de las cuales quizá les hayan sorprendido un poco, sobre las cuales podemos ahora seguir charlando, a propósito de las preguntas que tengan a bien formularme.

Muchas gracias. Eskerrik asko.